

Julia de la Rasilla

“Siendo amable, un médico cura la mitad de la enfermedad”

Tras cumplir cien años el pasado septiembre, esta paciente afirma no tener ningún secreto para llegar a esa edad: “Todo lo he curado con leche y aspirina”

CUN ■ Julia de la Rasilla Cayón será, con toda probabilidad, una de las personas que más tiempo lleva como paciente de la Clínica. Por si surgen dudas, cabe recordar que cumplió cien años el 26 de septiembre de 2011 y que está vinculada con la Clínica Universidad de Navarra desde poco después del nacimiento del centro hospitalario.

Su marido, David Irigoyen, fue su primer director de personal, pues lo era de la Universidad de Navarra, y al ser entonces la Clínica un centro pequeño, la gestión de los recursos humanos era común para ambas instituciones.

De todos los años que atesora de experiencia vital y como paciente, Julia de la Rasilla tiene meridianamente claras las características que ha de reunir un médico: “La mitad de la enfermedad la curan con

la amabilidad. Es lo principal que debe tener un médico: cariño, amabilidad, ánimo... Que te quite el miedo. Eso lo encuentras aquí, en la Clínica, y es una bendición de Dios”.

ACCIDENTE DE TRÁFICO DE SU MARIDO. Sus palabras y alusiones reflejan continuamente el gran afecto que Julia de la Rasilla siente por la Clínica, pese a que su primer contacto con el centro se produjo en circunstancias dramáticas. “Mi marido, David Irigoyen, sufrió un accidente de tráfico cerca de Tolosa (Guipúzcoa). Fue ingresado en un hospital allí y pensaron que había que cortarle las piernas porque las tenía destrozadas. Sin embargo, varios médicos de la Clínica se desplazaron a Guipúzcoa, entre ellos los doctores Agustín Imízcoz y Juan Antonio Paniagua, y me di-

ieron que no me preocupara, que harían todo lo posible por evitar amputarle las piernas y que lo trasladarían a Pamplona en cuanto estuviera en condiciones para viajar”.

Las secuelas del accidente, recuerda Julia de la Rasilla, obligaron a su marido a permanecer más de medio año ingresado en la Clínica, “desde abril hasta noviembre. Le hacían todo tipo de pruebas al pobre, que estaba totalmente enyesado. Cuando salía el equipo médico de la habitación, les oía decir que no le cortarían las piernas para que, al menos, le sostuvieran. En noviembre salimos de la Clínica con todas la precauciones y mi marido volvió a casa en silla de ruedas”.

Sin embargo, continúa emocionada, la rehabilitación posterior que hubo de realizar ya en su domicilio, y cuya artífice fue la enfermera Blanca Valcárcel, obtuvo los mejores resultados. “Fue horrible, pero lo hicieron tan divinamente que terminó andando. Había veces que yo creía que le iban a romper la pierna. Recuerdo que le decían: ‘Ya doblamos no sé cuantos gra-

Julia de la Rasilla
junto al doctor
Salvador Martín
Algarra.



dos, don David'. Al final le pusieron de pie en el suelo y le pidieron que anduviera. Los médicos no lo creían y le pedían que anduviese delante de ellos para comprobarlo”.

“ME HICIERON UN INJERTO QUE ERA UNA OBRA DE ARTE”. Nacida en Santander, Julia de la Rasilla vive actualmente en Madrid y se desplaza periódicamente a Pamplona, donde viven tres de sus cinco hijos, para acudir a revisiones en la Clínica. “Me ve el doctor Salvador Martín Algarra porque hace años me operaron de un melanoma en la pierna. Tenía una marca desde siempre y un día, al secarla con una toalla, sangró y cambió de aspecto. Me asusté, vine y el doctor Agustín España me dijo que había que operar cuanto antes. Me hicieron un injerto precioso: era una obra de arte y no tenía ni una arruga”, detalla dejando entrever el sentido del humor que conserva.

En la visita posterior a su cumpleaños centenario, en diciembre, el personal del Departamento de Oncología la recibió

“El trato y la delicadeza por parte de las enfermeras y del resto del personal de la Clínica es único y se agradece mucho”

“Don Eduardo era un bendito. Te curaba en gran parte con su manera de ser. Eso es lo que tiene que hacer un médico: tratar con cariño y ánimo al enfermo”

“El médico debe quitarte el miedo. Y eso lo encuentras aquí, en la Clínica”

“con ramo de flores preciosas”, relata con cierta emoción.

Confiesa que a lo largo de su vida no ha padecido demasiados problemas de salud. “Sí que he tenido siempre mucha propensión al catarro y venía a la Clínica a ponerme unas inyecciones para evitarlos”. De aquel tiempo, todavía recuerda a médicos con los doctores Ignacio Lucas o Federico Conchillo.

Si se le pregunta por cómo ha cambiado la Clínica en las últimas décadas, Julia de la Rasilla prefiere quedarse con los aspectos que se han mantenido en el centro con el paso de los años: “El trato es único. Esa delicadeza por parte de las enfermeras y de todo el personal sigue siendo el mismo, y se agradece mucho”.

Por último, asegura no guardar ningún secreto que le haya permitido vivir un siglo: “Todo lo he curado con leche y aspirina. Si me dolía la cabeza, tomaba esas dos cosas. Y, la verdad es que no he tenido ninguna enfermedad importante”, concluye.



Javier Irigoyen De la Rasilla, hijo de la paciente, la doctora Estefanía Arévalo, la enfermera Lourdes Soria, las auxiliares Blanca San Martín y Pili Gueracenea, y los doctores Miguel Fernández-Sanmamed y Salvador Martín Algarra entregan un ramo de flores a Julia de la Rasilla con motivo de su cien cumpleaños.

EL RECUERDO

Don Eduardo

A la pregunta de si conoció a don Eduardo Ortiz de Landázuri, Julia de la Rasilla responde con rapidez: "¿Cómo no? Si nosotros casi inauguramos la Clínica..." Recuerda con nitidez la figura de don Eduardo y lo cita como modelo de las características que debe tener un médico. "Era un bendito. Te curaba en gran parte con su manera de ser. Eso es lo que tiene que hacer un médico: tratar con cariño y ánimo al enfermo. Por suerte, muchos médicos de la Clínica han seguido luego su ejemplo. Me acuerdo cuando el edificio era sólo un pabellón de planta baja. Había un pasillo junto a las habitaciones con un despacho que tenía las luces encendidas hasta las una o las dos de la madrugada. Allí estaba don Eduardo trabajando hasta esas horas. Era un hombre muy trabajador y al mismo tiempo tan cariñoso...", rememora.

Se equivoca el tango

Doctor Salvador Martín Algarra

Se equivoca el tango. Cien años son.... ¡mucho! Son mucho para cualquiera. Y desde luego, para un profesional sanitario, tener la suerte de compartir con su paciente un aniversario tan singular, además de un motivo de enorme alegría, es también un momento oportuno para reflexionar sobre el sentido de ser médico, sobre el propio quehacer asistencial hacia y por el paciente y, de un modo muy especial, sobre el insondable misterio y significado de la enfermedad, del ser humano enfermo y de los esfuerzos para su sanación.

Hacen falta dos para bailar un tango. En eso no hay equivocación posible. Y se puede añadir que también hace falta valor para bailar cuando uno no se encuentra bien. Cuando la edad no acompaña o el destino se antoja irremediamente oscuro y cruel.

Ante un panorama así no cabe duda que una actitud positiva, franca y sinceramente comprometida, es el primer paso. No para un consuelo piadoso y la aceptación

de lo inevitable, sino para poder entender y valorar si tiene sentido plantearse una decidida y a veces incierta confrontación con la enfermedad.

En ese momento, el apoyo familiar se hace extraordinariamente importante y necesario. El consejo y juicio de los seres queridos se hace fundamental.

Tener la alegre valentía de decir sí no siempre supone alcanzar lo que se desea, pero es el único modo de abrir un camino para sí, que puede también ser para otros.

Así ha sido con D^a Julia, cuyo centenario festejamos entrañablemente en el departamento de Oncología y en toda la Clínica Universidad de Navarra con ella y con su familia. Lo celebramos agradeciéndoles su valentía y carácter. Su naturalidad, simpatía y ejemplo.

Y recordamos en su figura, con gran afecto, a todos los pacientes que han depositado su confianza en nosotros.

Salvador Martín Algarra es director del Departamento de Oncología.